

# NOE CASADO SIN PALABRAS

El  
esperado  
desenlace de  
**SIN**  
**RESERVAS**

# *Sin palabras*

Noe Casado

Esencia/Planeta

© Noemí Ordóñez Casado, 2016  
© Editorial Planeta, S. A., 2016  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
www.esenciaeditorial.com  
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Shutterstock / Sirapob  
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: marzo de 2016  
ISBN: 978-84-08-15107-4  
Depósito legal: B. 1.845-2016  
Composición: Tiff i Text  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Agotada, sí, ésa es la palabra exacta para describir cómo me siento en este momento, aunque también podría añadir satisfecha. Y no es para menos. La inauguración del Cien Fuegos ha sido todo un éxito. Hemos trabajado muy pero que muy duro todos los que nos hemos subido a este «barco». Ha sido un mes de locos. Xavi, el encargado, no ha dejado ni un solo detalle al azar. Hasta lo más nimio, lo más insignificante, lo ha revisado.

Yo no sólo he ayudado a confeccionar la carta, que es el atractivo más evidente de un restaurante, también he colaborado en otros aspectos, incluida la indumentaria de los trabajadores de sala o la selección de vinos, para ofrecer un servicio lo más completo posible. Lo más extraño es que hasta me pidieron consejo sobre la mantelería.

Yo alucinaba, porque al venir de un trabajo donde el jefe era una especie de dictador incapaz de ver más allá de sus narices, cualquier consulta me parecía rara. Aunque luego, durante las conversaciones que hemos mantenido estos pasados días, he llegado a comprender y compartir la filosofía del encargado.

Y es que en el Cien Fuegos no hay un jefe gritón de esos que te echan la bronca por cualquier cosa, hasta por la más ridícula, sólo para hacerse notar y porque creen, de forma errónea, que así afianzan su papel de dueños.

Aquí funciona diferente. Hay una cadena de mando, por supuesto, pero, por ejemplo, el encargado rara vez irrumpe en la cocina. Tiene un despacho, sí, uno de esos con decoración vanguardista y no un cuartucho lleno de papeles, cajas amontonadas y objetos polvorientos publicitarios que no reparte entre los clientes porque es un raposo y quiere quedarse con todo. Aquél era mi anterior jefe, el de ahora no tiene nada que ver.

Xavi es el que coordina todo el equipo. Marca directrices y toma

decisiones, procurando escuchar a los interesados. Cuando rechaza alguna de las propuestas, no lo hace de malas maneras, sencillamente expone los motivos por los que no es factible; eso sí, agradeciendo siempre de antemano haber contribuido aportando algo.

Y para alegría del público, femenino y masculino, es atractivo a rabiar. Y me quedo corta...

Sí, hasta yo, que tengo una apatía manifiesta y que no me encuentro en un momento muy proclive a apreciar esos detalles, me he percatado de ello.

Xavi es, por decirlo de alguna manera, el tipo ideal. El hombre perfecto. Ese que, de poder fabricarse a medida, todas encargaríamos sin dudarlo. Si hubiera un catálogo de hombres, desde luego figuraría entre los *top ten*. Reconozco que al principio pensé que era gay. ¿Por qué? No lo sé, fue una suposición estúpida, o bien que mi propia amargura interior hacía de filtro que distorsionaba la realidad, ya que se me antojaba imposible coincidir en tan corto espacio de tiempo con otro hombre perfecto, así que le puse la etiqueta de homosexual.

Y la verdad es que él juega muy bien a la ambigüedad y saca partido de ella. De cara a la galería le va perfectamente, pues le permite relacionarse con todo el mundo de una manera muy abierta, pero luego, a la hora de la verdad, es como la cerveza San Miguel: «donde va, triunfa». Es la comidilla de los camareros, que, por supuesto, se mueren de envidia.

El bando femenino suspira, aunque tienen muy claro que nada de intimar. Por supuesto, Xavi se cuidaría muy mucho, y mis compañeras se limitan a comérselo con los ojos.

Yo sonrío cuando oigo algún que otro comentario subidito de tono, y confieso que me gustaría unirme a ellas, porque de ese modo podría decir que he superado mi historia con...

«¡Para!», me digo a mí misma, porque si algunos recomiendan contar hasta diez para no cometer una estupidez, yo me he impuesto un método más rápido.

Termino de guardar mis cosas y me dirijo al despacho de Xavi, que me ha pedido que me pase por allí. Reconozco que cuando lo conocí me impresionó. Decir que es elegante es quedarse corta.

Viste de punta en blanco, a la moda, y como además tiene percha, todo le sienta estupendamente.

Así que cuando llamo a la puerta de su despacho y él me abre para invitarme a entrar, no me sorprende encontrármelo con un sofisticado *look* de esos de portada de revista y, cómo no, con su sonrisa derritemujeres. Menos mal que soy inmune a ella. Al menos de momento, no sé si con el tiempo me causará algún problema; son demasiados vatios de sonrisa como para no darse cuenta.

—Pasa, Bea, te estaba esperando —me dice amable, haciéndome un gesto con la mano para que entre.

—Gracias —murmuro educada.

Siento su mano en la parte baja de mi espalda. No me desagradan, aunque tampoco lo creo necesario. Sé que lo hace como muestra de su exquisita educación, no obstante, cualquier contacto con un hombre me pone nerviosa y hasta siento una especie de rechazo. Una estupidez, desde luego, pero no puedo evitarlo.

Supongo, espero, confío en que se me pasará.

—¿Todo bien? —pregunta, sentándose en la ultramoderna, ergonómica y carísima silla de su escritorio.

—Más o menos —le respondo, porque en una cocina siempre surgen complicaciones de última hora. Aunque aquí, sin un jefe tocapelotas y vocinglero acechando, resulta más fácil buscar soluciones y salir adelante.

—¿Te apetece un café u otra cosa? —me ofrece, siempre tan cortés, y yo niego con la cabeza.

Lo que me apetece es volver a casa cuanto antes.

—¿Qué querías comentarme? —inquiero, para que no se vaya por las ramas.

—Todo va a salir a pedir de boca —dice, acomodándose en su silla ergonómica—. Los comentarios han sido espectaculares. ¡Hemos triunfado!

—Sí, la verdad es que después de todos los nervios de estos días, el trabajo ha dado sus frutos —digo sonriendo, porque es cierto.

—Y me alegro de que tú hayas sabido estar a la altura de las circunstancias —añade.

Noto cierto deje de peloteo y no sé si soy yo que estoy susceptible e imagino cosas o esta reunión es una excusa para tantear el terreno. Xavi me mira con una media sonrisa, creo que está evaluándome, pero de nuevo me digo que son suposiciones. Yo voy con mi ropa de faena blanca, con una coleta hecha deprisa y corriendo y sin maquillaje, y él, por lo que se comenta, sólo sale con mujeres sofisticadas. Y yo no tengo tiempo ni ganas para serlo.

—Bien, por hoy vale de autobombo. —Sonríe seductor.

«Qué pena», pienso, porque si me encontrara en otra situación, hasta podría dejarme llevar. Incluso he llegado a pensar que ése podía ser el camino que seguir... No obstante, soy consciente de que eso no se repetirá. Ya lo hice una vez, sin medir las consecuencias, y mira cómo estoy ahora, en una especie de reciclaje emocional.

Espero en algún momento dejar de martirizarme con ello, pues si me va bien en el trabajo y mi niño está contento, ¿qué más puedo pedir?

—Sí, vale ya de echarse flores —contesto, sonriendo también.

—Verás, Bea, mi intención con el Cien Fuegos es que sea un local de referencia, en cierto modo asequible para un amplio espectro de clientes, y para ello creo que no debemos limitarnos sólo al establecimiento en sí.

—No te sigo —digo, porque para mí la cocina, los fogones son creatividad, nervios, manchas, pruebas... Cuando habla de ese modo tan empresarial, me pierdo.

No soy tan tonta como para obviar el hecho de que el Cien Fuegos, como cualquier otro restaurante, debe ser rentable; sin embargo, en esa faceta yo no entro. Para eso está Xavi con su máster. Bueno, no estoy segura de si tiene uno, pero tiene pinta de que sí, pues sabe mucho de esas cosas.

Vuelve a sonreírme antes de proseguir.

—Uno de nuestros invitados, un amigo al que conozco desde hace tiempo, ha alabado hoy los platos. Y por supuesto me ha dicho que te trasmita las felicitaciones pertinentes.

—Ah, gracias —murmuro algo cohibida, pues no termino de acostumbrarme a estas muestras de agradecimiento.

—No seas modesta, por favor, Bea —me reprende en tono afa-  
ble—. Gran parte de nuestro éxito se debe a ti.

—Y a mis ayudantes —añado, pensando en Tito y en Magda,  
mis compañeros de trabajo.

—Por supuesto, por supuesto —admite, sin sentirse ofendido  
por mi corrección—. Pero no nos desviemos del tema. Ese amigo  
que te comentaba organiza cenas y eventos privados para grupos  
reducidos y digamos que especiales.

—¿Especiales? —lo interrumpo, frunciendo el cejo, pues no sé  
bien a qué se refiere.

—Sí, personas de un nivel económico muy alto, que no se con-  
forman con lo mejor, quieren además exclusividad —explica Xavi.

—Ah... —es lo único que acierto a decir, porque no sé yo si  
estoy muy de acuerdo con ese planteamiento.

—El caso es que, tal como te comentaba, ha quedado muy im-  
presionado esta noche y me ha pedido como favor personal que  
nos ocupemos del catering de su próximo evento.

Respiro tranquila. Eso sí puedo hacerlo. Servirles comida a pi-  
jos exigentes.

—Es una buena idea —digo, recurriendo a una frase correcta.

—Te iré informando de los detalles, fechas y demás. Así como  
del tipo de menú que prefieren, aunque, por supuesto, podemos  
hacerles sugerencias. Eso es algo que dejo en tus manos.

—Podríamos basarnos en el menú degustación —propongo.

—Como te parezca mejor.

Una nueva tanda de sonrisas de mil vatios. No me extraña que  
deslumbre a cuanta mujer se le pone por delante. Estoy poco ani-  
mada, pero no ciega.

—Muy bien —concluyo, levantándome, pues he mirado un  
par de veces la hora con disimulo y quiero irme ya—. Cuando se-  
pas algo más me lo comentas.

—¿Quieres que te acerque a casa? —pregunta, y yo no tengo  
muy claro cómo tomarme ese ofrecimiento.

Soy prudente, desconfiada incluso, y creo que es lo mejor.  
Cuanta menos confianza se establezca fuera del trabajo, mejor.

—Eres muy amable, pero no, gracias. Voy a aprovechar para

hacer unos recados de camino y no te quiero hacer perder el tiempo —miento con una sonrisa.

—No es ninguna molestia, Bea —contesta, mirándome fijamente, demasiado para mi gusto, y yo decido despedirme con un escueto «hasta mañana».

Cuando salgo del restaurante me abrigo bien, pues estoy acostumbrada a un clima más amable en invierno. Un cambio más en mi vida. Un brusco cambio más en el último mes.

Camino deprisa hacia mi casa. Se me ha hecho tarde y, a pesar de que Félix está con mi madre, no quiero perder ni un minuto más.

—¡Mamá! —grita mi niño nada más oírme abrir la puerta.

Ni siquiera me ha dado tiempo a quitarme la chaqueta y dejar el bolso cuando Félix se abalanza sobre mí para que lo coja en brazos. Lo hago sin tardanza, pero tras dos besos, mi hijo se revuelve, porque eso de tener una madre besucona no le hace mucha gracia.

—Es que te como a besos —canturreo sin soltarlo, pese a sus protestas.

—¡Mamá, que ya me has besado, jo!

—Y no me canso de hacerlo, Félix —le digo, antes de darle el último y dejar que se escabulla corriendo.

—¿Qué tal ha ido todo? —me pregunta mi madre.

—Todo estupendo, un éxito —respondo, pero no con la efusividad que se esperaría.

Y ella sabe que, pese a que me va muy bien en lo laboral, aún tengo una especie de losa emocional en mi vida, algo que una madre, mi madre, percibe.

—Félix ya ha merendado, así que, si quieres, date una ducha y relájate —me dice con una sonrisa amable.

Mi madre, Manuela, que nada más enterarse de mi decisión de trasladarme a Madrid sola con mi hijo no se lo pensó ni un minuto: hizo la maleta y cogió un autobús.

Tras quedarse viuda, hace seis años, decidió que se volvía al pueblo. Como ella siempre dice: «Soy una chica de provincias y me siento como Paco Martínez Soria en *La ciudad no es para mí*». Porque a pesar de que llevaba más de treinta años viviendo en Bar-

celona, no terminaba de acostumbrarse al ritmo de una gran ciudad. A los horarios, al anonimato, a los ruidos...

Mi madre llegó allí a finales de los setenta. Aquello debió de ser increíble, novedoso..., y más para ella, una chica joven de pueblo. Pero entonces se echó novio. Un novio, mi padre, que, según nos contaba, la enamoró y conquistó, y luego vino la boda. Nació María y después yo. Y aunque a ella le seguía costando vivir en una gran ciudad, como siempre hace, como siempre hacemos las mujeres, se amoldó a los demás y a las circunstancias.

Así que cuando murió mi padre, urbanita convencido, decidí regresar al pequeño pueblo de la provincia de Zaragoza donde nació. Aparte de sus hijas, nada la retenía en Barcelona, y como había mantenido el contacto con sus amigas del pueblo de toda la vida, pues tanto a María como a mí nos pareció estupendo que acondicionara la vieja casona, donde podría vivir con comodidad, ya que tampoco disponía de una pensión como para tirar cohetes.

Mi madre se sentía vital y allí, donde yo iba de pequeña obligada, porque lo odiaba, es Manuela, no esa señora que vive en el cuarto y a la que como mucho dices hola y adiós al entrar en el ascensor.

—Hija, ¡espabila! —exclama, sacándome de mis pensamientos.

—Lo siento, se me ha ido el santo al cielo —respondo, y le doy un beso en la mejilla antes de irme a mi cuarto a buscar ropa limpia y cómoda y darme esa ducha que tanto necesito.

Con mi chándal de andar por casa en las manos, entro en el cuarto de baño de mi dormitorio, un invento maravilloso, por cierto. Una novedad de mi nuevo apartamento, más espacioso y mejor distribuido, aunque muchas noches, antes de dormir, cuando estoy en silencio acostada sola en mi cama, no puedo evitar pensar que no sólo dejé atrás un sitio y que, a pesar de disponer ahora de más comodidades, volvería allí sin dudarle si...

Me detengo a medio desnudarme, porque me he propuesto no acabar ni empezar un pensamiento con ese maldito condicional de lo que pudo ser.

Acabo de quitarme la ropa y la dejo en el suelo, luego la recogeré, y ajusto la temperatura del agua antes de meterme bajo el

chorro, a ver si con un poco de suerte la tensión de estar varias horas de pie se reduce un poco y puedo ejercer de madre con Félix esta tarde y jugar con él antes de acostarlo.

No es fácil mirar hacia otro lado. Yo lo hago, pero eso no quita que sea consciente de que la situación es forzada. Finjo lo mejor que puedo, pero la mayor parte del tiempo me siento anestesiada, y mi madre es la primera que se ha dado cuenta.

María, mi entrometida hermana mayor a tiempo completo y consejera sentimental a ratos, también se percató de ello, aunque tuvo que morderse la lengua cuando me presenté en su casa para anunciarle mi brusco cambio de parecer.

Al verme tan decidida, tuvo que cerrar el pico, pero mi decisión partía de la ofuscación, del enfado, y aguanté el tirón hasta que pude llegar aquí e instalarme. Poner unos kilómetros de distancia no es sinónimo de sentirse a salvo. Es más bien una seguridad psicológica, una especie de efecto placebo que funciona sólo a ratos.

Y de ese modo he pasado el último mes, sobreviviendo. Concentrada en el trabajo. Apenas he llorado; sencillamente sigo adelante con la esperanza de que poco a poco todo lo que ahora me aflige termine diluyéndose. La teoría es buena, desde luego, aunque me gustaría saber qué fecha marcar en el calendario y así ir descontando los días que faltan para que empiece a sentirme mejor.

«Por favor, mira que me gusta darle vueltas», me reprendo a mí misma cuando salgo de la ducha, limpia y físicamente agradecida.

Si existiera algún remedio de este tipo para el ánimo...

Me desenredo el pelo despacio, mirándome en el espejo. He adelgazado. Lo que para algunas personas sería un motivo de alegría, para mí no lo es. En mi rostro se reflejan las noches en vela, aunque hay cosméticos estupendos para disimularlo. ¿Debo ponerme también maquillaje en el corazón? ¿Lo venden en alguna perfumería?

Mi hijo me espera, no tengo tiempo para elucubraciones que no me llevan a ninguna parte, o al menos no a buen puerto. Así

que me seco el pelo rápidamente, me lo recojo con una pinza, me pongo bragas y sujetador, el chándal y arreando.

Me encuentro a Félix delante del televisor y tuerzo el gesto. No me gusta que se pase tanto tiempo ahí plantado y maldigo por enésima vez al que inventó los canales temáticos para niños; no se imaginan el daño que hacen. Cierto es que ahora hace frío en la calle y no puedo llevarlo al parque a que salte un rato, pero preferiría que se entretuviera haciendo algo.

Así que voy al salón, me pongo delante de la pantalla y espero su...

—Jo, mamáaa, que estaba viendo «Bob Esponjaaaaaaaaaa».

Yo pongo cara de circunstancias. Desearía que alguien dejara a Bob Esponja en el desierto y sin cantimplora, porque mira que es ridículo y cansino.

—¿Por qué no jugamos a algo? —le propongo, porque ahora que mi horario me va a permitir estar con él no voy a desperdiciarlo delante de la tele.

—¿A qué? —replica enfurruñado.

Yo reconozco el diálogo de la tele, por lo que me vuelvo y resoplo.

—Cariño, este episodio lo has visto ya dos veces por lo menos en la última semana —digo para convencerlo.

—Ya lo sé —refunfuña.

—Anda, vamos a tu cuarto y jugamos a lo que tú quieras.

No muy convencido, se levanta del sofá y juntos nos vamos a su habitación. Todavía está un poco desangelada, ya que sólo hemos traído algunas de sus cosas. El resto está en casa de María, pues tuve que devolverle las llaves al casero cuando me marché y no tuve ganas de recogerlas. Félix saca su juego de bloques gigante y yo me siento en el suelo con él mientras me explica, a su manera, que quiere hacer un puente muy grande. Observo con una sonrisa en los labios cómo dispone las piezas y me reprimo las ganas de corregirlo.

Cuando se le cae, lo ayudo y le digo con cariño, ante la poca estabilidad de su construcción:

—Cielo, lo primero es tener una buena base. Pon las piezas más grandes abajo.

Félix me mira con esa cara de «¿de qué hablas?» tan suya, pero después se da cuenta de que su madre la pesada puede tener razón. Arruga un poco la nariz hasta que llega a la conclusión de que tengo algo más que una pizca de razón.

—Ah, vale —acepta, y se entretiene organizando los bloques.

Yo le voy pasando los de mayor tamaño para que él solo se dé cuenta de cómo colocarlos.

Puede parecer una tontería, pero estar allí con él, sentada en el suelo, con mi ropa más cutre y sin rastro de glamur por ningún lado, me hace sentir muy bien. Son estos pequeños momentos, quizá tontos, los que me proporcionan las fuerzas necesarias para no derrumbarme.

Miro a Félix, estiro la mano y le revuelvo un poco el pelo. Me lo está poniendo fácil. No hace las preguntas que temo escuchar y que no sabría responder sin echarme a llorar. Sé que al vivir mi madre en casa, anda emocionado con ver a su abuela y estar con ella.

Es curioso el poder de adaptación de los críos. Ven el lado positivo, no se comen el coco como los adultos, que le buscamos tres pies al gato, que tomamos una decisión para luego cuestionarla. Nos mortificamos con la parte negativa cuando tenemos muchas otras cosas por las que sonreír.

Tras acostar a mi niño y besuquearlo, obviando sus protestas antes de dormirse, me voy al salón, donde encuentro a mi madre viendo las noticias.

—¿No vas a comer nada? —inquire, en ese tono de madre preocupada por la malnutrición de sus vástagos. Algo que me hace gracia, pues yo estoy cortada por el mismo patrón.

—Más tarde, ahora prefiero descansar un poco —respondo, dejándome caer en el sofá y poniendo los pies encima de la mesa.

Por supuesto, mi madre me mira torciendo el gesto, porque eso no se hace, pero yo tengo los pies molidos.

—Bea...

—Necesito estirar las piernas —alego, sintiéndome otra vez una niña pequeña ante la regañina de mi madre.

—Pues al menos pon un cojín o algo debajo, para que no se ensucie el cristal —me pide, y decido obedecer.

En esa postura puedo relajarme. Escucho sin prestar demasiada atención las noticias que dan por la tele y llego a la conclusión de que me resbalan. Ya tengo mis propios líos como para gastar neuronas con los del resto.

Mi madre apaga la tele cuando acaban las noticias y, sin decir ni pío, sale del salón y regresa cinco minutos después con una bandeja de comida.

—¡Mamá! —protesto.

—Hablas igual que Félix —se burla—. Anda, come.

—Lo hago por no discutir —farfullo, cogiendo un bocadillo y dándole un buen mordisco.

Tiene guasa que yo, una chef, acabe cenando un simple sándwich. Supongo que es un secreto que mi madre sabrá guardar, pienso, dando otro bocado, y otro y otro hasta que al final lo remato. También se ha acordado de traerme un refresco y doy buena cuenta de él.

—Bea, ¿cuándo vas a dejar de mirar hacia atrás? —me pregunta, dejándome patidifusa, pues ha empleado un tono sereno, casi distraído, aunque yo soy muy consciente de que sufre al verme así.

—Mamá...

—No utilices ese tono conmigo, que no te estoy obligando a hacer los deberes ni a irte temprano a la cama —me dice, igual que cuando era niña.

Sonrío porque hay cosas que nunca cambian.

—Ya hemos hablado de ello. Sigo adelante.

—A rastras, querrás decir —replica—. Porque a mí me da otra impresión... Intentas mirar hacia otro lado y te crees que funciona, pero no es así.

—Dame tiempo —respondo a la defensiva.

—¿Has escuchado alguna vez la canción *Il faut savoir*?<sup>1</sup>

—No la conozco —digo, porque no sé adónde quiere llegar. Bueno, sí lo sé, pero no me apetece llegar a ese punto y admitir ciertas cosas delante de ella.

1. *Il faut savoir*, J. Joes J. Edizioni Musicali, interpretada por Charles Aznavour. (*N. de la E.*)

—Pues escúchala y piensa —me sugiere.

No sé yo si las recomendaciones musicales de mi madre pueden servir de algo, pero cuando ya me he acostado no puedo resistir la tentación de escuchar la canción. No sé muy bien cómo se escribe el título, pero probando un poco y con la ayuda de san Google termino encontrándola.

El francés no es lo mío, pero voy captando algunas frases demasiado tristes, demasiado desmoralizadoras. Pesimistas.

¿Qué pretende mi madre, que me hunda del todo?

Vuelvo a escucharla...

Una y otra vez...

Dos alternativas: o me hundo para siempre y no levanto cabeza o empiezo a ponerme las pilas.